

Memoria fílmica

Patricia Wiese



El documental La Cantuta: En la boca del diablo está colgado en la web y 80 mil copias fueron distribuidas gratuitamente con el diario La República. Ahora más que nunca es importante tener este documento histórico en nuestras manos, para que no se olvide quién es quién.

La hija del responsable del crimen de La Cantuta puede ser la próxima presidenta del Perú. Sería bueno que se sienta por dos horas y vea este documental producido por TV Cultura y dirigido por Amanda Gonzales. Así no podría volver a repetir que su padre y sus subordinados son inocentes.

Personalmente pensaba que ya se había dicho todo sobre el caso La Cantuta, pero me equivoqué de cabo a rabo. El ojo biónico de Edmundo Cruz es penetrante, y a través de él escudriñamos el caso y conocemos a los protagonistas que develaron el misterio.

Edmundo Cruz camina encorvado, esmirriado, despeinado. Trastabilla por momentos. ¿Quién es este periodista que más parece un burócrata de ministerio salido de un cuento de Ribeyro? Es uno de los mejores periodistas de investigación, pero él no se la cree. Siempre ha mantenido un perfil bajo, y las innumerables veces que su vida ha corrido peligro son

para él gajes del oficio. En el documental queda patentada su acuciosidad, su tenacidad, su perspicacia, su precisión y su enorme memoria. El hombrecito de la triste figura se hace grande mientras trata con esfuerzo de escalar la quebrada acompañando a los personajes que reconstruyen la historia.

Dieciséis años después, Edmundo Cruz ingresa en el hemiciclo vacío del Congreso junto a un envejecido Henry Pease, quien relata lo ocurrido el 2 de abril de 1993. El Pleno discutía la formación de la comisión investigadora del caso La Cantuta. Ese día el recinto bullía con la presencia de los familiares de los desaparecidos que reclamaban desde las galerías. De pronto, un Pease enérgico sorprendió a todo el mundo leyendo una carta que le había enviado COMACA (Comandantes, Mayores y Capitanes), un grupo de oficiales democráticos que priorizaron los intereses del país antes que la fidelidad a sus códigos militares. Allí precisaban cómo y dónde habían sido asesinados.

Edmundo Cruz recorre los pasadizos del edificio parlamentario para encontrarse con el entonces presidente de la Comisión Investigadora del Caso La Cantuta, Roger Cáceres Velásquez, quien, por única vez, estuvo a la altura de las circunstancias. Juntos recuerdan el momento en el que abrieron un sobre que el congresista había recibido y del que emanó un olor a huesos. De su interior extrajeron un croquis dibujado en papel cometa amarillo, donde aparecía la ubicación exacta de las fosas en las que fueron enterrados los estudiantes y el profesor.

Edmundo Cruz toca el timbre del Instituto Prensa y Sociedad para hacerle recordar a Ricardo Uceda, presidente de esa institución y entonces director de la revista Sí, cómo y por qué decide publicar el croquis y la consecuencia de esta decisión que termina con su renuncia al cargo que ocupaba. Presiones fuertes y agresiones violentas recibieron todos los que develaron el caso. Un momento impactante es cuando el colega de Edmundo Cruz, José Arrieta, especialista en desentrañar el funcionamiento del sistema de inteligencia montado por Montesinos, le cuenta que un día llegó una corona fúnebre a nombre de su hijo al Nido donde estudiaba. En la tarjeta se leía: “Rodrigo Arroyo, que en paz descanse”.

Otro momento memorable del documental es el encuentro, en ese cerro polvoriento donde ocurrieron los hechos, entre Edmundo Cruz y Justo Arizapana, el hombre clave de esta historia. Un ex militante de izquierda radical medio lumpenizado al que tenemos mucho que agradecerle. En ese entonces, Arizapana se ganaba la vida como reciclador en un basural de Cieneguilla. Una madrugada, mientras descansaba encima de unos cartones, lo vio todo. Supo que los hombres que cavaban las fosas eran militares. Se acercó al lugar e introdujo la mano en la tierra removida hasta que sacó un fémur. Tuvo el coraje de dibujar

el croquis y asegurarse de que fuera publicado. Después debió salir del país y fue olvidado, hasta que la pantalla nos lo devuelve íntegro.

Imágenes de archivo reconstruyen la época. Las hemos visto mil veces en noticieros y reportajes, pero acá alcanzan otra dimensión, como las que muestran a los fiscales, liderados por Víctor Cubas, mientras van abriendo los armarios en la residencia estudiantil de La Cantuta con las llaves encontradas junto a los restos de las fosas. La prueba es demoledora.

Dieciséis años después, Edmundo Cruz conversa con Raida Córdor, cuyo testimonio hemos escuchado también innumerables veces, pero que nos vuelve a conmover cuando cuenta que durante el año en el que desconoció el paradero de su hijo, soñaba con él todas las noches. Armando Amaro Córdor se le aparecía, estaba cubierto de tierra. Conversaban largamente, y solo dejó de hacerlo el día que encontraron sus restos.

Entre rumas de archivos ordenados con meticulosidad sobre una gran mesa, somos testigos de la conversación entre Edmundo Cruz y el fiscal Avelino Guillén, quien tuvo un papel protagónico en el juicio a Fujimori. Ambos comparten esa fascinación por las pruebas y los documentos que las acreditan. También coinciden en una cosa: a pesar de los enemigos poderosos que se han ganado, lo volverían a hacer.

Al final, Edmundo Cruz pasea por la Universidad La Cantuta acompañado de Gilbert Calvo, quien vivía con los nueve estudiantes en la Residencia Universitaria. Calvo pasó doce años en Canto Grande, por una venganza. No le perdonaron haber declarado en 1993, cuando lo llamaron como testigo, que fueron militares los que secuestraron a sus compañeros que dormían tranquilamente ese 18 de julio de 1992. Debido a ello, lo siguieron, lo detuvieron y lo acusaron por apología del terrorismo: le encontraron una lectura de Marx que era obligatoria en uno de los cursos que llevaba.

El documental funciona como una memoria fílmica para refrescar la memoria. No lo podrán borrar ni siquiera si, luego de la segunda vuelta electoral, la dinastía vuelve al poder.